

entregaran muchas que no lo eran, pero las autoridades pretendieron haber procedido con el mayor cuidado en el examen de los individuos, y calculóse que probablemente se habrían gastado 40,000 rupias mas si no se hubieran pagado exclusivamente las especies venenosas.

EL ÁSPID DE EGIPTO Ó NAYA HAYA— NAJA HAJE

CONSIDERACIONES GENERALES.—Todos los días festivos puede verse en las plazas públicas del Cairo un espectáculo semejante al que ofrecen los encantadores indios de serpientes: unos sonidos roncós que se producen con una gran concha llaman la atención hacia un hombre que se dispone á dar un espectáculo favorito de los hijos é hijas de la gloriosa capital y madre del mundo. «Muy pronto se forman círculos al rededor de un *hauí* ó encantador, y la representación comienza. Un muchacho cubierto de andrajos hace el papel de polichinela, permitiéndose los chistes mas groseros y soeces, que muy agradables para la mayoría de los espectadores, no solo son acogidos con risas sino tambien con aplausos. Un babuino de crin luce sus habilidades, y todos los ayudantes del encantador se preparan á recoger el premio, que consiste en monedas de cobre de poco valor. Sin embargo, aun falta lo milagroso, la magia del hombre, considerado por muchos con cierto temor. Haciendo alarde de su ligereza el encantador, el polichinela y el mono corren saltando el uno sobre el otro y arrojándose diversos objetos, hasta que el *hauí* coge por fin uno de los sacos de cuero en que guarda todos sus instrumentos, arrójale en medio del círculo, deshace el lazo que hasta entonces le sujetaba, coge en vez de la concha la *sumarra*, instrumento inventado por demonios enemigos de la música, y empieza á tocar su monótona melodía. En el saco se mueve alguna cosa, que poco á poco se acerca á la abertura, y por fin déjase ver la pequeña cabeza oval de una serpiente, y la cabeza sigue el cuello y la parte anterior del tronco, y tan luego como esta queda en descubierto, el reptil se endereza exactamente lo mismo que la serpiente de anteojos. Despues se desliza del todo fuera del saco y se pasea lentamente en un círculo trazado, si así podemos decir, por el titiritero, balanceando con orgullo la pequeña cabeza sobre el cuello dilatado, y siguiendo con ojos chispeantes los movimientos del hombre. Un terror general se apodera de los presentes, pues todo el mundo sabe que esta serpiente es la especie temida con tanta razón; mas apenas hay quien crea posible que el encantador ose burlarse, habiendo peligro, de la ira del reptil, y supónese que habrá tenido la prudencia de quitarle antes los ganchos venenosos. El encantador vuelve y revuelve la serpiente como suelen hacerlo en Europa los dueños de las colecciones ambulantes de fieras, para demostrar su docilidad, la coge por el cuello, la escupe, mójala con agua, y de repente, sin que lo echen de ver los espectadores, la comprime en cierto sitio de la nuca. En el mismo momento, la serpiente se tiende en toda su longitud, y entonces explícase al punto aquel antiguo pasaje que dice: «Aaron arrojó su palo delante de Faraon y sus servidores, y el palo se convirtió en una serpiente; luego Faraon llamó á los sabios y hechiceros, y los hechiceros egipcios hicieron lo mismo; cada cual arrojó su palo al suelo, y estos se trasformaron en serpientes.»

La serpiente con que Moisés y Aaron hicieron sus manifestaciones delante de Faraon, como hoy día lo hace el *hauí*, es el célebre *áspid* de los griegos y romanos, el *ara* ó la *levantada* de los antiguos egipcios, el símbolo de la supremacía, cuya imagen se ve esculpida en los templos junto al

globo terrestre y cuya figura llevaba el rey en la frente como signo distintivo de su majestad y soberanía; el *urco*, como mas tarde se llamó á imitación de la antigua palabra egipcia; era en suma la serpiente mas afamada de la tierra.

No sabemos lo que habrá influido mas en la imaginación de aquel extraordinario pueblo del Nilo para otorgar al *áspid* tal preferencia sobre todos los demás animales: si la extraña, á la par que arrogante y pretenciosa postura, que suele tomar este reptil cuando está excitado por las pasiones; si la gratitud que tal vez sentían hacia él por librarles de las ratas, verdadera plaga en aquellos tiempos, que producía inmensos estragos y hasta completas carestías, ó el terror y respeto que les inspiraban sus terribles dientes venenosos; lo cierto es que griegos y romanos continuaron y aumentaron mas tarde las maravillosas leyendas de los egipcios, perpetuándolas sus mas célebres poetas en incomparables versos. No hay escritor antiguo que no cuente del *áspid*, de su modo de vivir y costumbres, de los efectos de su temible veneno, y de la veneración en que lo tenían algunos pueblos, los mas extravagantes detalles, mezclando lo verdadero con lo falso, y añadiendo al sano fruto de la experiencia, los abortos de la superstición y de la ignorancia.

Eliano dice que se encuentran *áspides* de cinco varas de largo; la mayor parte de ellos negros ó cenicientos, pero algunos de color de fuego. «Figuraos el sangriento *áspid*, dice Nicandro, con sus horribles escamas; cuando oye ruido se enrosca en círculo y levanta en medio su terrible cabeza; entonces se le dilata la nuca; el reptil silba furiosamente y amenaza con la muerte á cualquiera que alcance.» «Este terrible animal, añade Plinio, demuestra sin embargo sentimientos mas tiernos por otro estilo, vive en fel matrimonio, y solo la muerte puede separar á los esposos. Si el hombre mata á uno de ellos, el otro le persigue para vengar la muerte de su compañero, y aunque le halle en medio de la mayor multitud vence todas las dificultades sin retroceder ante nada; entonces no hay otro medio de sustraerse á su furor que huir á través de un río.»

Difficil es determinar si la naturaleza dotó á estos ofidios mas bien favorable que desfavorablemente. Así, por ejemplo, ha dado á esa peligrosa serpiente unos ojos dispuestos de modo que solo puede ver por los lados y no hacia adelante, por lo cual sucede á menudo que no ve al hombre hasta que este la pisa. Los egipcios, dice Eliano, domestican estos reptiles, profesándolos gran veneración y cariño; los crían con los niños; no hacen daño alguno á estos y salen de sus agujeros cuando se les llama con una palmada, pues nunca se hace uso de la voz para esto. Despues de la comida de familia les sirven en la misma mesa un alimento compuesto de pan, vino y miel, llamándolos de la manera dicha, cual si fueran huéspedes. Los *áspides* salen al punto de sus escondrijos, rodean la mesa, é irguiendo la cabeza y parte del cuerpo, déjase besar y satisfacen su apetito tranquilamente.

Sucede tambien que cuando de noche se levanta algun habitante de la casa, ó en cualquiera otra ocasion tiene que recorrer en la oscuridad la misma, suele advertir á las serpientes, dando palmadas tambien, para que se retiren á sus agujeros, á fin de no pisarlas ó causarles otro daño. La especie de *áspid* llamada por los egipcios *thermuthis* se venera por ellos como sagrada y la colocan como una diadema alrededor de la cabeza de Isis. Pretenden que no fueron creadas para perjudicar á la humanidad, pero que es un error asegurar que perdona á los buenos y mata á los malos; algunos dicen que Isis los envía á los criminales mas empedernidos.

Los egipcios cuentan nada menos que diez y seis diferentes especies de *áspides*, pero solo del *thermuthis* aseguran

que es inmortal. En cada rincón de los templos preparan, segun se dice, una habitación para estas serpientes, á las cuales alimentan con sebo de ternera. Plinio dice que, segun el relato de Filarco, un *áspid* tomó la costumbre de acercarse á la mesa de un egipcio para comer cuanto podia; mas tarde dió á luz sus hijuelos, y uno de estos mató al hijo del dueño. Cuando la serpiente llegó para tomar su comida y echó de ver la desgracia, dió muerte al culpable y no volvió mas á la casa. Ningun hombre mordido por un *áspid*, añade Eliano, puede salvar su vida; por eso llevaban los reyes egipcios en su diadema la imagen del *áspid* para indicar la perpetuidad de su reino. Cuando el *áspid* dilata el cuello mata á todo aquel á quien alcance su aliento. Los dientes venenosos están rodeados de una delgada cubierta parecida á una membrana; cuando el *áspid* muere, la membrana se desvia para dar salida al veneno y despues vuelve á cubrir los dientes. La herida producida por el *áspid* es apenas perceptible, porque segun se pretende su mortal veneno se extiende muy rápidamente por el cuerpo, de modo que en la piel solo quedan ligeras huellas. Hé aqui por qué los comisionados que Augusto envió á reconocer á Cleopatra solo pudieron distinguir dos puntos apenas visibles, por los que pudieron explicarse el enigma de su muerte.

El que está mordido por un *áspid*, dice Dioscórides, solo ve unos puntitos; de la herida no sale sino un poco de sangre negra; pero la muerte ocurre antes de transcurrir una tercera parte del día. Plinio dice que los mordidos por un *áspid* se aletargan. Este reptil tiene el veneno mas mortal; introducido en una herida reciente mata al momento, pero si se pone en úlceras antiguas produce el efecto lentamente. Sin embargo, se puede beber tanto de ese veneno como se quiera sin sufrir daño, y tambien comer la carne del animal muerto á consecuencia de una mordedura de *áspid*. Aristóteles asegura que con la saliva de estas serpientes se prepara un veneno contra el cual no hay remedio. Cuando en Alejandria se impone á un criminal la pena de muerte, dice Galeno, le ponen sobre el pecho un *áspid* á fin de abreviar su martirio. El gran político ateniense y célebre sabio Demetrio Falerio, se dió muerte, segun pretende Ciceron, haciéndose morder por un *áspid*.

Todos los autores antiguos indican al icneumon como el enemigo mas temible de esta serpiente: Aristóteles dice que siempre busca compañeros antes de atacar al reptil venenoso, y que nunca se acerca á él sin haberse cubierto con una capa de cieno.

CARACTERES.—Excede esta naya en tamaño á su congénere asiática, pues mide mas de 2 metros de largo. Respecto á su coloración, es tan difícil de determinar como en la serpiente de anteojos. El *áspid* de Egipto, propiamente dicho, tiene casi siempre la parte superior del cuerpo de color pajizo y la inferior de un tinte mas claro, con fajas trasversales, de color oscuro, en la region del cuello. Existen, sin embargo, variedades que presentan en el dorso todos los matices intermedios, desde el amarillo de paja hasta el pardo oscuro, ofreciendo igual variedad de coloración en la parte abdominal.

Muchos autores han formado especies distintas con las variedades; pero estas son tan numerosas que, segun Guenther, hasta podría dudarse de si se tiene delante una serpiente de anteojos ó un *áspid*. Una comparación minuciosa de setenta individuos de esta especie, conservados en el museo de Londres, demostró al citado naturalista el poco fundamento que tienen todas esas llamadas especies.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Si consideramos todos los *áspides* como variedades de una misma especie, debemos asignar á esta como zona habitable toda el Africa

oriental. Abunda mucho en las tierras del Nilo, siendo asimismo muy comun hacia el sur y en el Cabo; no falta en ningun punto de la costa occidental; Livingstone la observó repetidas veces en el interior del Africa.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habita el *áspid* muy distintas localidades. En el bajo Egipto se le encuentra en los campos y en el desierto, buscando sus escondrijos entre las ruinas ó debajo de las rocas y aprovechando tambien para este fin las madrigueras de las ratas y otros pequeños roedores; en el sur y en el Cabo frecuenta los bosques, donde fija su morada en los huecos de las raíces de los grandes árboles, y mas á menudo en los escondrijos de pequeños mamíferos; en la montaña se oculta debajo de las grandes masas de piedra ó entre la espesura de las plantas que cubren allí el suelo. En todas partes abunda; sin embargo, no se le encuentra con tanta frecuencia como generalmente se cree. Yo ví individuos de esta especie en las inmediaciones de varios templos antiguos, en las selvas vírgenes y en las tierras altas de Abisinia, donde pude matar de una perdigonada una serpiente de 2 metros de largo, que á pesar de la distinta coloración supongo que era un *áspid*. Geoffroy asegura que los fellahs egipcios no interrumpen en manera alguna la faena que están haciendo, cuando lo encuentran en el campo, porque saben que no acomete, si uno se mantiene á cierta distancia, sino que permanece tranquilo con la cabeza levantada, pero siguiendo siempre con la vista al hombre. Sin embargo, este aserto no lo confirman otros observadores: la haya es muy temida de todos los egipcios, que la matan siempre que tienen oportunidad para ello; y en cuanto á lo de no acometer, hay que observar que si bien, por lo regular, suele huir, y muy de prisa, cuando ve al hombre, se endereza al punto y se prepara á la defensa tan pronto como conoce que va á ser atacada, dando señales manifiestas de su cólera y furor. Además, siempre que cree poder causar daño al contrario, se arroja sobre él, segun afirman varios cazadores de serpientes, y tiene que andar muy listo el hombre para esquivar su acometida. Smith, Anderson y Livingstone ó mas bien Wallner, que publicó las últimas noticias de este viajero, confirman esa opinion de los egipcios. Smith dice que el *áspid* no huye nunca, y que de la defensiva pasa á menudo á la ofensiva; Anderson y Livingstone refieren tambien hechos que demuestran lo mismo.

«Uno de mis amigos, muy aficionado á recoger plantas, dice el primero, á duras penas pudo salvarse una vez de la mordedura de una de estas serpientes. Estando un día ocupado en arrancar una planta muy rara, se precipitó un *áspid* sobre su mano; no tuvo tiempo para volverse, sino que huyó retrocediendo, tan de prisa como se lo permitía postura tan incómoda. La serpiente le seguía de cerca, y le hubiera seguramente alcanzado, á no ser que tropezando en un montículo de hormigas, cayó de espaldas; en el mismo momento pudo ver como la haya pasaba, veloz como una saeta, á su lado.» A. Smith asegura haber observado siempre que el *áspid* huye raras veces, y que á menudo su defensa se convierte en ataque. Los colonos del Cabo de Buena Esperanza creen tambien como los antiguos, que el *áspid* escupe su veneno, causando de este modo grave daño al agresor. Gordon Cumming afirma por su parte, que le sucedió un percance de esta clase, de cuyas resultas pasó una noche víctima de los mas terribles dolores; pero Gordon Cumming ha afirmado tantas cosas extrañas, que tenemos derecho para dudar algun tanto de sus asertos.

Los informes de Livingstone ó de Wallner demuestran mejor aun que los relatos anteriores el carácter ofensivo del *áspid*. «Una muchacha halló su muerte de un modo terrible; avanzaba en línea con los cargadores, cuando de pronto

se lanzó contra ella una gran serpiente, mordiéndola y desapareció en una cavidad inmediata. Aquella mordedura bastó para herir de muerte á la pobre niña; á pesar de los remedios aplicados, en menos de diez minutos sucumbió. Este hecho es positivo y prueba la veracidad de las noticias de varios viajeros que han recorrido diversas partes del Africa. Los indígenas aseguran que una gran serpiente venenosa persigue su presa con la rapidez del rayo y la alcanza, y que cuantos conocen su ligereza y ferocidad procuran no acercarse á sus guaridas. Un árabe refirió á los cargadores de Livingstone, á quienes encontró una tarde en Zanzibar, que poco tiempo antes había pasado por el camino donde había sido mordida la muchacha, y que uno de sus hombres fué atacado en el mismo paraje y por la misma serpiente, muriendo tambien poco despues.» El árabe no dijo si aquella serpiente era áspid, pero seguramente no podía ser otra.

«Los áspides, me escribe Reichenow, son muy comunes en la Costa de Oro; habitan las estepas y aléjanse del bosque espeso. A la hora del medio dia les gusta salir á los caminos para tomar el sol; si alguno se acerca enderézanse verticalmente, silban, dilatan el cuello y arrojan á la distancia de un metro cierto líquido contra el agresor, dirigiéndole, segun parece, á los ojos. La cantidad de este líquido es bastante considerable, pues las serpientes le arrojan á menudo tres veces seguidas, de modo que la saliva les gotea al fin de la boca. Segun afirman los misioneros de la Costa de Oro y los indígenas, la saliva basta para cegar si toca en los ojos. Debo añadir que tambien Effeldt me ha dado cuenta de ensayos sobre este hecho, practicados con serpientes de cascabel, y asegura que esa saliva, tal vez mezclada con veneno, no produce en los ojos mas efecto que cualquier otro cáustico.» Falkenstein conforme con Reichenow me refiere tambien que el áspid arroja un líquido, lo cual considera como un hecho bastante comun. «Cuando arroja su saliva sobre un negro, este se lava, segun me dijeron, con leche de mujer, considerada como remedio infalible.»

Respecto á movilidad, son las condiciones de la haya muy parecidas á las de la serpiente de anteojos; es muy ágil en el suelo, entra igualmente en el agua, nada y trepa con bastante perfeccion, y tal vez con mayor frecuencia y habilidad que su ya citada congénere.

Las presas del áspid consisten en toda clase de pequeños animales, particularmente en ratas y otros roedores, pájaros que viven en el suelo y sus crias, lagartos, otras serpientes, ranas y sapos, segun la localidad y la ocasion. Por lo general, podrán ser sus rapiñas, como las de todas las serpientes venenosas, útiles al hombre, pero el beneficio que proporciona de este modo no merece ser tenido en cuenta, y la persecucion que en todas partes se hace hoy dia al áspid está completamente justificada.

CAZA.—Cada titiritero egipcio se procura él mismo los áspides que necesita para exhibir ante el público; el medio que emplea para apoderarse del reptil no puede ser mas sencillo. Armado de una larga y fuerte vara de mimosa, que ellos llaman *nabut*, recorre los sitios que suele habitar aquel y escudriña todos los agujeros hasta topar con una naya. En una de las extremidades del palo ha fijado el hombre un pequeño lio de trapos, y es el que presenta al áspid cuando este se levanta amenazador y manifiesta intencion de atacar; en su furia muerde en los trapos, y al punto retira el cazador, con un rápido movimiento la vara, procurando de este modo arrancar los dientes al reptil. Jamás se da por satisfecho con una sola tentativa, sino que continúa irritando á la serpiente y la obliga á morder varias veces en el trapo, hasta que conoce que ha perdido ya sus ganchos venenosos y agotado sus fuerzas; entonces, con el palo le aprieta fuertemente la cabe-

za contra el suelo, se acerca cauteloso, la coge por el cuello, y comprimiéndole la nuca, la hace entrar en una especie de sueño acompañado de rigidez instantánea de los músculos del espinazo, que le permite examinar con detencion la boca para cerciorarse de que efectivamente han desaparecido sus temibles dientes. Como el aojador sabe que estos se renuevan mas tarde, no se descuida de repetir de cuando en cuando la misma operacion, á fin de precaverse contra las mordeduras de la haya.

Yo nunca me he convencido de la verdad de las palabras anteriores. Durante nuestra estancia en Fajum, á orillas del lago de Meris, se presentó un dia en nuestra habitacion un *hawi*, aojador egipcio, pidiéndonos permiso para ahuyentar las serpientes que él sabia que tenían sus escondrijos en la misma; le contesté, que ya nos habíamos cuidado nosotros de esta operacion, pero que tendríamos mucho gusto en presenciar las habilidades de sus «discipulos» En efecto, abriendo al punto un saco que traia, salieron del mismo unos seis ú ocho áspides que el «maestro» hizo «bailar» delante de nosotros. Pedile entonces que me proporcionara uno que tuviera todavia los dientes venenosos, pues sabia que sus «discipulos» no los tenían ya. Protestó el *hawi* que me equivocaba, hasta que por fin le dí á entender que mi amigo el doctor y yo éramos tambien aojadores de serpientes de Frankistan, la tierra de los europeos, y por lo tanto «colegas» suyos. Nuestro hombre, guiñando entonces los ojos con cierta expresion muy significativa, murmuró algunas frases, como «vivir y dejar vivir», «inconstancia de la fortuna», «dificultad de ganarse el pan cotidiano», «imbecilidad del pueblo», «hijos, nietos, biznietos y demás progenie de los asnos (aludiendo, sin duda, al público que presenciaba sus habilidades)» y otras parecidas, y acabó por prometernos, seguramente movido mas por el cebo de la recompensa ofrecida que por el compañerismo de profesion, que nos traeria una haya de gran tamaño y provista de sus dientes venenosos. Efectivamente, al dia siguiente ya compareció en nuestro alojamiento, con el consabido saco de cuero á cuestras; colocó este en el suelo, y abriéndolo sin muecas ni ridículas farsas, sino por el contrario, con mucho tiento y cuidado, dispúose convenientemente, palo en mano, y aguardó que saliera la serpiente. Asomó la graciosa cabecita del áspid; pero, antes que este pudiese sacar fuera bastante cuerpo para convertirse en *aza*, esto es, en un animalito que se levanta cuando se dispone para acometer, ya el *hawi* lo tenia sujeto contra el suelo con su vara; cogióle entonces con la diestra por la nuca, y agarrándole con la otra mano por el medio del cuerpo, tal como estaba envuelto dentro del saco, nos lo presentó: el reptil, obedeciendo á la presion de la mano en la nuca, tenia la boca abierta, y allí asomaban intactos ambos ganchos venenosos.—Ya lo ves, hermano mio, me dijo el «colega» egipcio, mi palabra es la verdad; mi frase no tiene engaño. Yo la he cogido, la temible, é ilesa te la traigo. ¡Dios, el Altísimo, es grande, y Mahoma su profeta!

Poco rato despues, nadaba la haya en un ancho frasco lleno de espíritu de vino, esforzándose vanamente en hacer saltar el tapon que lo cerraba. Durante algunos minutos, el espíritu de vino no parecia ejercer influencia alguna en el áspid; pero, pasado un cuarto de hora, ya los movimientos de este eran mas pesados, y sus fuerzas habian disminuido, y á la media hora yacia enroscado é inmóvil en el fondo del frasco.

A pesar de todas las precauciones que toma el *hawi* en la caza y despues cuando exhibe ante el público sus serpientes, sucede á veces que recibe alguna mordedura de estas, y suelen serle fatales sus consecuencias, pues no se sabe que esta

gente emplee antidoto alguno. En las tierras del Cabo se usan varios medios para atajar los efectos ponzoñosos de la haya: los ingleses se sirven del agua de lucio, del espíritu de amoniaco y otros corrosivos; los colonos holandeses, segun dice Anderson, abren el pecho á una gallina viva y la colocan sobre la herida, convencidos de que si esta es venenosa, el ave siente inmediatamente sus efectos y los da á conocer dejando caer desfallecida la cabeza y muriendo al poco rato, en cuyo caso repiten la misma operacion con otra gallina, y así sucesivamente con varias hasta que una de ellas no presente sintoma alguno de envenenamiento; entonces consideran ya á la persona mordida fuera de peligro. Otros sustituyen á las aves las ranas, obteniendo igual resultado, esto es, ninguno á nuestro modo de ver. Una especie de haya blanca, que se encuentra en varias localidades de la colonia,

llamada «haya de señores», es tambien un antidoto muy en boga; se aplica desmenuzada sobre la herida, adhiriéndose á esta con tal fuerza, que difícilmente se puede arrancar de la misma, pero cae por sí sola cuando ha absorbido el veneno. En otros tiempos tenían los indígenas mucha fe en la sangre de tortuga para la curacion de las mordeduras de la haya, y no emprendian viaje alguno sin ir provistos de este ingrediente, que en caso necesario empleaban simultáneamente como remedio interior y exterior.

CAUTIVIDAD.—El áspid llega á menudo á Europa vivo, pero por lo general sin los dientes venenosos. Sucumbe casi siempre muy pronto, aunque es la serpiente venenosa que mas fácilmente se conforma con el estado de cautividad, acostumbrándose poco á poco á la comida y acabando por reconciliarse con su suerte, si podemos expresarnos así. Es

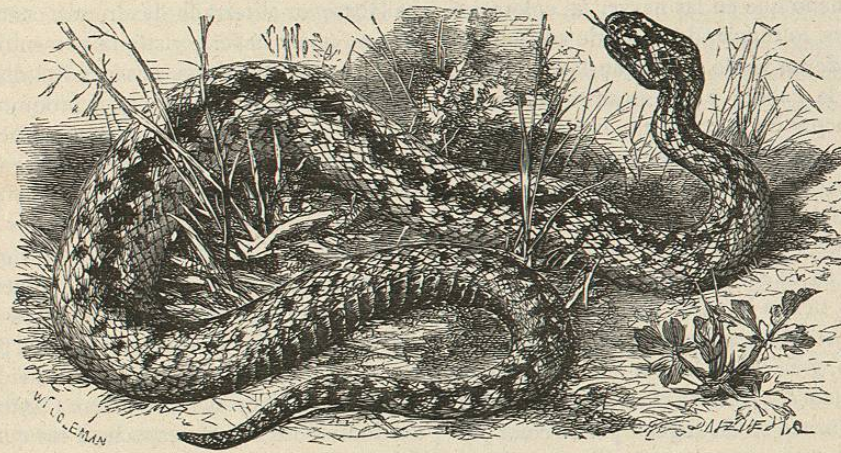


Fig. 77.—EL PELIAS

verdad que al principio cuantas veces se acerca el guardian á su prision, se convierte en «aza» y permanece, aunque sean horas enteras, con parte del cuerpo erguido mientras aquel no se aleje á distancia conveniente; sin embargo, con el tiempo va perdiendo su salvajismo, si bien jamás llega á estar en relaciones «amistosas» con el hombre.

Refiere Effeldt que algunos áspides que tuvo él cautivos, aunque ya habian perdido sus ganchos venenosos, se acostumbraron muy pronto á comer, devorando primero ratas y pájaros vivos, y despues los cadáveres de estos mismos animales; daban la preferencia á los mamíferos y despreciaban los reptiles, á lo menos no los tocaban y hasta retrocedian con marcadas señales de repugnancia cuando estos pasaban muy cerca de ellos. El agua parecia ser condicion esencial para su bienestar, pues se bañaban todos los dias permaneciendo horas enteras en el líquido. Al cabo de un año se habian desarrollado ya nuevos dientes venenosos, y tenia que andar muy precavido el guardian al acercarse á las hayas, á fin de evitar sus acometidas, que, como es sabido, suelen hacer de improviso y con la rapidez del rayo, merced á la facilidad con que pueden estirar y levantar la cabeza á distancias muy regulares.

CAUTIVIDAD.—Guenther nos da un relato minucioso é interesante sobre la vida de estos reptiles en cautividad, segun las observaciones hechas en el jardin zoológico de Londres.

«Extraño contraste ofrecen con las perezosas víboras acuáticas, dice, sus peligrosos vecinos, dos magníficos individuos de la variedad negra del áspid, que por su vivacidad y su tamaño necesitan un espacio bastante grande. Los vidrios de la jaula están pintados al óleo hasta un tercio de su altura, tanto para impedir que las serpientes se encolericen con de-

masiada frecuencia, como para obligarlas á enderezarse hasta la parte trasparente de los vidrios si se excitan. Esto sucede siempre por la mas pequeña causa. Si en tal ocasion ó cuando se les da alimento una se acerca á la otra, empiezan á luchar; revuélvense con el cuerpo erguido, dilatan sus cuellos tanto como pueden y la una trata siempre de elevarse á mas altura que su contraria, dirigiéndose mutuamente y de continuo furiosos mordiscos. Es de extrañar que estos reptiles no se hieran; pero habiéndose puesto hace poco tiempo un tercer individuo en la jaula, trabóse una lucha en la que este debió recibir una herida, pues le hallaron muerto á la mañana siguiente. Matan todos los animales que se les entregan aunque no los coman. El movimiento para morder se ejecuta con una rapidez extraordinaria, y aunque el observador vea al reptil tocar á su víctima, no puede creer que en efecto la haya mordido, hasta que á los pocos segundos comienzan las convulsiones. La boca se abre muy poco al morder y la herida es mas bien un rasguño hecho con la punta de una aguja que atravesara la epidermis sin introducirse en la carne. Los áspides permanecen á menudo largo rato en el agua; solo en invierno se ocultan del todo debajo de las alfombras.»

LOS OFIOFAGOS—OPHIOPHAGUS

CARACTERES.—De las nayas se ha separado últimamente una serpiente venenosa, propia tambien del Asia del sur, quizás la mas terrible, ó cuando menos la mas larga de todas, elevándola á la categoría de tipo de un género independiente (*ophiophagus*).

El tronco es muy prolongado; la cola de una longitud regular; los escudos del occipucio están rodeados de tres pares